

El "Tomás Moro", de Fernando de Herrera

SU CARÁCTER GENERAL.

La obra, que su autor titula sencillamente *Tomás Moro* (1), no es una biografía propiamente dicha, sino una serie de reflexiones morales que tienen por tema el martirio de Moro (2). Tal afirmación debe, sin embargo, ser atenuada. Es evidente que la materia biográfica es, dentro de su alcance, exacta, pero es también insuficiente para formar una verdadera biografía, mientras que las digresiones moralizadoras tienden a eclipsar todo otro contenido del libro.

Es una obra mucho menos contrarreformista que la narración de Ribadeneira de los mismos sucesos. La preocupación primordial de Herrera va dirigida hacia los valores morales en sí, mientras nos queda la sospecha continua de que Ribadeneira estaba exacerbado en parte por motivos políticos (3). La vio-

(1) En este artículo me refiero a la segunda edición, Madrid, 1617.

(2) Coster, en su libro sobre Herrera, sugiere y rechaza la idea de que el *Tomás Moro* haya formado parte de la historia universal de Herrera. La idea de escribir esta obrecilla me parece probable que haya surgido al leer el *Cisma de Inglaterra* del P. de Ribadeneira, publicado en 1588. Más abajo volveré sobre esto.

(3) Cfr. el prefacio de Ribadeneira, donde habla de los tres motivos de su obra como debida a España, a la Iglesia y a la Compañía de Jesús. A Herrera, en cambio, según sus propias palabras, sólo le movió su admiración hacia Moro.

lencia escasamente refrenada del *Cisma de Inglaterra* se templó en el *Tomás Moro* por el espíritu más razonador de Herrera. Recordemos, por ejemplo, que Ribadeneyra, no contento con sólo citar las autoridades sobre la cuestión del alegado incesto de Enrique VIII con Ana Bolena, adorna el caso con su fantasía, dando algo más que sus propias fuentes. Herrera, en cambio, no impulsado por la idea de escribir una historia eclesiástica, se limita a la estrecha senda de narrar el martirio de Moro con meditaciones apropiadas. Su intención no es más que la de honrar la memoria de un gran hombre y mostrar que, aun en una época a su opinión tan corrompida como aquélla, y sobre todo en un país aparentemente tan malo como Inglaterra, se podía encontrar un hombre lo suficientemente heroico para oponerse al mal.

Detengámonos en una comparación con Ribadeneyra. Su propósito era muy distinto del de Herrera. Este era un humanista consciente y, además, un historiador, aunque se ha perdido la mayor parte de sus escritos históricos. Ribadeneyra, en cambio, subordinaba todo a sus deseos de defender a la Iglesia. Esto no quiere decir que falsificara datos históricos en sus escritos, pero sí que los seleccionaba según un criterio bien definido. Esto se ve con la máxima claridad en su retrato de Moro. Bien sabido es que en realidad Moro poseía una personalidad compleja, tan compleja que muchos han tenido dificultad en comprenderla. Era asceta secreto, gran bromista, amante de las letras humanas y a la vez prolífico escritor religioso. Muy otro es el personaje que se destaca de las páginas de Ribadeneyra.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que Ribadeneyra escribía en un momento crucial para la historia de Europa. No eran tiempos sólo de lucha política, sino también de lucha económica y cultural. Su obra refleja aquella lucha en su violencia y en su eliminación de todo lo ajeno a su propósito doctrinal. ¿Cómo, pues, es su retrato de Moro? Lo primero en que nos fijamos es en su falta total del humor. He dicho que Moro tenía gran fama de chistoso; se conservan gran número de anécdotas graciosas acerca de él, muchas de ellas contadas en las fuentes a las cuales acudió Ribadeneyra. Sin embargo, ni una aparece en el *Cisma de Inglaterra*. Moro, además, era conocido por su

benignidad: este aspecto, también, queda eliminado por Ribadeneyra. Lo que queda es el asceta. Pero aun en esto modifica su materia prima, para darle más color y mayor energía. Esta materia prima se la proporcionaba, sobre todo, el libro de Nicolás Sanders titulado *De origine ac progressu schismatis Anglicani*. Una comparación entre ambos libros demostrará cambios significativos en la adaptación de Ribadeneyra. Por ejemplo, Sanders, describiendo una contestación que dió Moro al rey, escribe: "Is ingenue respondit." Esto lo adapta Ribadeneyra así: "Moro, con pecho y libertad cristiana, respondió..." (1). El inglés describe con la mayor sencillez una oración: "Ad Deum conversus... inquit..." El español lo cambia en: "... con el corazón lleno de amargura, y el rostro de lágrimas, se volvió a nuestro Señor y dijo..." (2). En manos del jesuita español, la figura de Moro se deshumaniza y se convierte en un símbolo de la vida católica. Se ve en él el emocionalismo extremado que está asociado con lo barroco.

Herrera empieza con un elogio de aquellos cristianos primitivos que aceptaron voluntariamente la muerte: "Floreció la virtud en aquella edad, i creció en toda la grandeza i fuerça que se puede esperar..." (3). Estaban más cerca de la propia vida de Cristo; las obras de los discípulos del Señor estaban más presentes en sus ánimos. Pero una degeneración inevitable ha hecho caer en menosprecio a la virtud. El tono de Herrera hace que la lectura de este pasaje parezca un equivalente religioso de la añoranza renacentista por la Edad de Oro; Moro está representado como un superviviente tardío de aquella época remota y virtuosa. Pero hoy en día, continúa Herrera, la vía de la perdición y del error es preferida por los que mejor podrían dar un ejemplo de bondad; y Herrera emprende su primera digresión, la cual, como un *ritornello*, nos conduce otra vez al tema principal.

(1) Sanders, "De origine...", ed. Ingolstadt, 1588, pág. 21. *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*, P. de Ribadeneyra, en *Historias de la Contrarreforma*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1945, página 933.

(2) Ribadeneyra, ed. cit., pág. 981.

(3) Pág. 1.

Empieza la historia de Moro sencillamente: "Nació Tomás Moro en Londres, nobilísima ciudad de Inglaterra, que puesta en luengo a la ribera del Tamisa, se estiende tanto que parece no tener fin" (1). Era hijo de Juan Moro, que no tenía sangre noble; pero, sigue Herrera, los dones físicos y espirituales que poseía el hijo trajeron mucha fama a la familia. Sigue una breve narración de la fama creciente de Moro, continuada por una nostálgica meditación sobre las virtudes del Mundo Antiguo, que constituye una condena de las costumbres de los tiempos modernos. Tanto más notable era, pues, que apareciera un hombre de la integridad de Moro. "Parecía que entrava por él en Inglaterra la felicidad que prometían los antiguos a los reinos, cuyos Príncipes y gobernadores amavan las letras, i seguían la ciencia, que enseña a los ombres, i modera sus afectos" (2). Este sentimiento se percibe en el fondo de todo el libro.

Moro aceptó el poder de la manera más modesta. No era un hombre débil, para enorgullecerse con la dignidad de su oficio, ni corrompible, para ser cohechado con dádivas. "No era fastidioso, ni pesadamente severo en su trato; antes de tal manera templava la severidad de aquel Magistrado, con la blandura i facilidad de su condición, que no era menos amado que temido" (3). Esto nos lleva a una digresión en reprensión de los que se apropian los honores que pertenecen sólo a su oficio.

En medio de la prosperidad de Moro, que alcanzó los más importantes oficios del Estado, se empiezan a oír los primeros rumores de la catástrofe venidera: la del segundo matrimonio del Rey. Herrera describe la valentía de Moro frente a las amenazas con una moderación característica. En cada página vemos cuán lejos estamos de la exaltación de Ribadeneyra. También en el resumen que da Herrera de los antecedentes de esa crisis se nota un contraste con el escritor jesuita. Herrera escribe sin amargura, y aunque da plena importancia a las culpas de Enrique, notamos la falta de aquel afán por hacer resaltar toda su fealdad, que lleva a Ribadeneyra, en algunos momentos, al lími-

(1) Pág. 6.

(2) Pág. 12.

(3) Pág. 13.

te del buen gusto. Herrera contempla los hechos que describe con calma meditativa y se conforma con proferir sus sentencias graves: "Que los grandes ingenios suelen producir grandes virtudes i vicios juntamente" (1). Observamos, también, que no escatima sus alabanzas por las buenas primicias de Enrique en su reinado, entre ellas su defensa del Sacramento contra los ataques de Lutero. A esto sigue otra meditación, sobre los lisonjeros que suelen rodear a los reyes, "pestilencia perpetua de las casas reales" (2). Ahora narra la prisión de Moro, que espera su juicio "con grandísimo deseo i humildad de corazón" (3). El libro termina con un breve relato del juicio, una referencia momentánea a la ejecución, y una larga meditación final sobre las virtudes de Moro y la gloria del martirio.

Incluso en un resumen esquemático como éste se destacan las características del libro. Lo dominan las partes contemplativas, que rodean cada detalle histórico con un envoltorio de meditaciones sobre lo eterno. Es este aspecto contemplativo el que constituye la mayor diferencia entre el *Tomás Moro* y el *Cisma de Inglaterra*, una de las fuentes, pues mientras Ribadeneyra demuestra el mayor interés por el aspecto histórico de lo que narra, Herrera, como observador humanístico y, por eso, más moderado, acepta lo histórico sólo como base para la filosofía, y de esa manera evita la acritud del otro. Evita, también, su tendencia hacia la distorsión y su patriotismo poco discriminador. Para apreciar mejor la intención de Herrera, examinemos por separado los varios aspectos de esta obra.

LA FIGURA DE MORO.

Como queda dicho, Herrera da un retrato más fiel de Moro que Ribadeneyra. Aquí, es un personaje más humano, menos oscurecido por los humos de la controversia religiosa: en fin,

(1) Pág. 19.

(2) Pág. 24.

(3) Pág. 43.

un personaje más real (1). Aunque Herrera, como Ribadeneyra, omite toda anécdota amena (lo exige la parquedad de su libro), remedia la falta en parte. Por ejemplo, escribe: “Estava en igual comparación la modestia i suavidad de sus costumbres con la integridad i mesura de su vida, i la festividad i gracia de su ingenio” (2). “Festividad” es una concesión muy pequeña a uno de los más célebres aspectos de Moro. En otra parte encontramos: “Antes de tal manera templava la severidad de aquel Magistrado con la blandura i facilidad de su condición, que no era menos amado que temido” (3). Herrera se refiere con frecuencia a estas calidades amenas, pero a la vez no deja de informarnos de la discreción y gravedad con que Moro desempeñaba su oficio de Gran Canciller del reino. El autor cuenta, más tarde, que cuando le llevaron preso a la Torre de Londres, “como era de ingenio festivo i agradable”, él, que debía ser el consolado, procuraba consolar a sus amigos. Subrayo este aspecto del relato de Herrera por el contraste que ofrece con la narración de su compatriota más ferviente, pero no quisiera dar a entender que olvide el aspecto religioso. De ninguna manera: Moro en sus oraciones pide el martirio, “ardiendo en deseo de aquella

(1) Esto es debido a la más viva conciencia historiográfica de Herrera y, en parte, a que su interés se mueve en otra dirección. Ribadeneyra seleccionaba sus datos cuidadosamente. En el prólogo de su *Flos Sanctorum* (cito la edición de Madrid de 1761) nos advierte que su intención es “escoger y entresacar las cosas ciertas... y las que más nos pueden mover a la imitación de los mismos santos”. Es decir, que no seleccionaba sus datos con un criterio objetivo, sino con vistas a la máxima eficacia doctrinal. También en el *Cisma* escribe: “Bien veo que cuento algunas cosas que, o por ser menudas, o de la calidad que son, las podría dejar; mas, mirando en ello, me ha parecido las debía escribir... principalmente porque declaran más la ciega pasión del Rey.” (Op. cit., pág. 929.) En otra ocasión, narrando otras “cosas menudas, o indignas de nuestra historia”, las justifica porque son “muy convenientes para sacar de ella [la historia] el fruto que pretendemos” (op. cit., páginas 982-3). También Herrera seleccionaba, pero con criterio distinto y más amplio.

(2) Pág. 7.

(3) Pág. 13.

gloria" (1); pero este Moro de Herrera es muy otro del de Ribadeneyra aun en esto. Estamos en la presencia de un hombre, no de una personificación de un impulso religioso. Por nebuloso que sea, el personaje que se destaca de las páginas de Herrera tiene esa virtud (2).

LA MODERACIÓN EN EL "TOMÁS MORO".

Ya he apuntado una de las características más notables de la obra, que es su moderación. Ningún aspecto lo demuestra con mayor claridad que su actitud hacia Inglaterra.

Es interesante la descripción de Londres, la ciudad natal de Moro. "Nació Tomás Moro en Londres, nobilísima ciudad de Inglaterra, que puesta en luengo a la ribera del Tamisa, se estiende tanto que parece no tener fin..." Se percibe en estas palabras un ligero matiz de sentimiento romántico por esa ciudad lejana que era el más importante foco de enemistad contra España (recordemos la fecha, 1592); un romanticismo que empezaba a apuntar en la literatura española por esos años. (Compárense las páginas que dedica Cervantes a Inglaterra en *La española inglesa* y el *Persiles*. Más tarde vendría *El conde de Sex*, de Coello.) Para apreciar bien la moderación de Herrera, hay que tener en cuenta que la pérdida de la Invencible —sólo tres años antes del *Tomás Moro*— produjo una nueva ola de odio hacia Inglaterra en los escritos de aquellos años.

También se destaca la suavidad con que relata la ruptura entre Doña Catalina y Enrique, y el amor de éste por Ana Bolena.

(1) Pág. 60.

(2) La diferencia se ve hasta en los pormenores más pequeños. Moro es una de las figuras más destacadas de nuestra literatura inglesa, pero Ribadeneyra sólo menciona dos escritos suyos de no mucha importancia: "el uno del Consuelo en la Tribulación en inglés, y el otro en latín, de la Pasión de Cristo nuestro señor" (op. cit., pág. 981). Herrera, al contrario, da mayor importancia a sus obras humanísticas, señalando los epigramas y la traducción de Luciano. Sin embargo, da la impresión de no haber leído estas obras, y no menciona siquiera la *Utopía*, conocida entre los humanistas europeos desde el mismo año de su publicación (1516).

A todo historiador español de esa época se le encendía la indignación al describir ese episodio, pero Herrera, a pesar de lo cerca que tocaba a su tema apenas lo menciona. Anuncia que deja la narración del divorcio a otras plumas. Es evidente que sólo le interesa el aspecto puramente moral de la vida de Moro, no el aspecto político-religioso del cisma inglés, ni aun las implicaciones sociales de la resistencia de Moro. En cambio, se llega a sospechar que, en algunas biografías españolas, el interés por la vida de Moro estaba subordinado al del cisma en general.

Sin embargo, Herrera, de vez en cuando, escribe con mayor indignación. Inglaterra —dice— por no haberse opuesto a los deseos del Rey, se había hundido en un mar de desgracias. “Pues vemos aquella isla nobilísima entre todas las que cercan el Océano padecer amargamente todos los trabajos i daños que suelen nacer... del perdimiento de la religión Católica” (pág. 23). Admite que Enrique era “sabio i de grande ánimo” (pág. 25); también lo admite Ribadeneyra, pero con menos decisión. En la actitud de Herrera frente a Enrique se puede adivinar una continuación de la reverencia renacentista por un príncipe fuerte y humanista, pero en otros lugares de la obra el autor habla de cómo la nación inglesa pagaba los actos sacrílegos de su Rey: “No entiendo yo, que avrá alguno tan político (por no dezillo más ásperamente) que no conozca la miseria i abatimiento de aquel reino” (pág. 75). Como es de esperar, Herrera, apologista de la Contrarreforma, no procura ocultar su opinión sobre el cisma inglés. Lo coloca entre los grandes errores de la historia humana, pero lo hace sin acritud de ninguna clase. Herrera se ocupa sólo de las cosas espirituales; se mantiene ecuánime frente a los sucesos políticos; para él la moral parece ser casi un valor absoluto apartado de las vicisitudes mundiales. Su actitud de quietismo político pronostica la resignación española del siglo XVII ante su decaimiento económico.

LA RELIGIÓN Y EL MARTIRIO.

No menos interesante es el contraste entre la actitud de Herrera hacia la religión y el martirio en el *Tomás Moro* y la de-

sus contemporáneos. Su exaltación religiosa no llega a esa violencia tan frecuente en aquellos tiempos. No calla las glorias del martirio, pero no las realza con toda la vehemencia que asociamos con Ribadeneyra o, por ejemplo, con *El triunfo de la fe en tierras de Japón*, de Lope.

Desde luego, su actitud hacia Lutero no se desvía en lo más mínimo de la ortodoxia católica, pero su crítica demuestra su moderación de siempre, algo que ya esperamos y que ya no nos sorprende. Al narrar cómo Moro se encargó de contestar a la réplica de Lutero al libro de Enrique en defensa de los Sacramentos, llama al alemán “un cruel i ambicioso enemigo” de la religión, “que tenía enpañados los ojos de muchos con el velo de su engaño” (pág. 9). En verdad, que no deja de ser una descripción muy suave del hombre que había traído la revolución al Imperio, y cuya enseñanza, extendida por otros pensadores, iba a causar la revolución, no sólo religiosa, sino económica, que minaría el poder de España. Puede ser que la moderación de Herrera se debiera a su formación clásica; también se deberá quizá a la creciente resignación nacional que había de colmar el espíritu español en el siglo próximo.

La falta de violencia ha dejado su huella en el relato del martirio de Moro. Aquí lo acepta con no menos fortaleza que en las páginas de Ribadeneyra, pero con una exaltación marcadamente menor. Leemos cómo Moro, al recibir la noticia de la muerte de su compañero Fisher pide auxilio a Dios, temiendo que al fin no le llegara el don del martirio. “Dixo, buelto a Dios, con ánimo umillado: Confieso, Señor mío, que soy indino de tanta gloria (1) ... I llorando tiernamente, aun no podía disimular con el semblante, que tenía muy alegre, el dolor que sentía” (pág. 55). ¡Cuán humano, cuán lejos del *furor religiosus* típico de esa época es este retrato del santo! La misma suavidad se revela en el relato del juicio; y de la ejecución escribe sencillamente que el condenado fué “llevado a padecer por la verdad

(1) Compárese con Ribadeneyra: “Con el corazón lleno de amargura, y el rostro de lágrimas, se volvió a nuestro señor, y le dijo: Ya confieso, Señor mío, que no merezco tanta gloria...” (ed. cit., pág. 981). Claramente se destaca el propósito efectista del jesuita.

con el mayor concurso de gente que jamás avía visto antes Londres" (pág. 66).

Es importante, no obstante, no dar una falsa impresión de la preocupación religiosa de Herrera: era grande y sincera. Para él, la gloria del martirio era muy real. Habla con aprobación de aquellos que "pensavan i esperavan perder la vida" (pág. 48) por la religión, y cuenta cómo el mismo Moro, "lloeno de confianza i seguridad se disponía antes al martirio i no ocupava su ánimo en otra consideración" (pág. 48). Más tarde, en la Torre de Londres: "Encendido así en su amor, aguardava su llamamiento con grandísimo deseo i umildad de corazón" (pág. 49). Sin embargo, echamos en falta el fuego que ardía en las palabras de Ribadeneira. (También en lo que se refiere a John Fisher, que padeció por la misma causa que Moro, vemos la misma moderación.)

DESENGAÑO.

¿Cuál es, se preguntará, el propósito fundamental del libro? Su carácter, un tanto confuso, hace difícil una contestación neta, pero está claro que es más bien una meditación que otra cosa; es casi un sermón semihumanista. Como he dicho, Herrera no se propuso escribir una biografía, sino seleccionar unos cuantos hechos biográficos como base de sus meditaciones morales. En estas meditaciones desempeña un papel importante el concepto del desengaño y de la inestabilidad de la fortuna y de los asuntos humanos. El hombre mismo engaña: "es difícil la conjetura del ánimo del hombre, i engaña muchas veces las esperanzas de los que piensan que no responde diferentemente al crédito que tienen della" (pág. 22). El sabio no guarda esperanzas para el futuro y, pues el honor y el poder corrompen, la sabiduría, según Herrera, consiste en huirlos. A través de todo el libro encontramos repetida la misma idea: ninguna cosa mundanal es segura ni digna de ser conseguida. Herrera afirma que en Inglaterra no sólo se perseguía la virtud, sino que los mismos perseguidores fueron castigados al fin, y, habiendo renunciado a Dios por el rey, cayeron, por último, bajo la ira de ambos (pág. 31). La única seguridad consiste en retirarse del mundo, y sobre todo de

los altos puestos. “Conocían en este hecho (la muerte de Moro) cuán peligroso es para los que siguen la virtud el trato con los Príncipes poderosos” (pág. 71). (Fijémonos aquí cómo Herrera une aspiraciones humanistas con ideas antihumanistas: una generación anterior no encontraba tan enemigas de la virtud las cortes de los príncipes.) Con las numerosas alusiones al mundo antiguo, Herrera procura reforzar la impresión de la corrupción de los modernos. Su actitud es una mezcla del desengaño del siglo XVII con el concepto de la Edad de Oro renacentista.

En todo esto Herrera no pretende presentar ideas nuevas; el suyo es el antiquísimo caudal del moralista, presentado en lenguaje sentencioso y sonoro. Refleja el amor de su tiempo por las expresiones aforísticas; raras veces pasa más allá del lugar común. La única novedad es el aire de desilusión, no dominante todavía, pero indicador de tendencias futuras.

FUENTES.

Dado que el *Tomás Moro* no es de ninguna manera una historia propiamente dicha, el estudio de sus fuentes corre el peligro de caer en la conjetura, pero una mirada rápida sobre lo que se puede afirmar con seguridad será interesante, pues demostrará que Herrera para componer esta obrecilla acudió a las fuentes más diversas.

Como era de suponer, la base del *Tomás Moro* es la narración de Sanders o la de Ribadeneira (como veremos más adelante, es probable que contribuyeran las dos), pero algunos datos proceden de Stapleton (1) (o de alguna otra biografía completa; digo la de Stapleton porque es la única que sabemos a ciencia cierta que se conocía en España); y hay también vínculos con una carta latina que narra la muerte de Moro, una carta firmada con el nombre de Courinus Nucerinus, pero aceptada ahora como de Erasmo. La fecha del *Tomás Moro* sugiere que

(1) “Tres Thomae”, por Thomas Stapleton, publicado en 1588 en Douay.

el *Cisma de Inglaterra* (1588) dió a Herrera el estímulo original, pero parece también que le sirvió sólo de punto de partida.

Encierran cierta dificultad los datos sobre la juventud de Moro tal como los expone Herrera, pero desde el momento de su encarcelamiento estamos en terreno más firme. Nuestro autor describe así su continente en la cárcel: "Preso Tomás Moro, despojado de su dignidad, i de todos sus bienes, no mostró semblante alguna de tristeza o dolor, ni se turbó con la extrañeza de aquel accidente gravíssimo..." (pág. 41). La frase tiene una clara derivación de una de Ribadeneyra: "Estando en la cárcel despojado de sus oficios, y bienes, nunca se vió en él señal de tristeza ni pena, ni caimiento de corazón."

En otro lugar, Herrera escribe: "I juzgando aquella cárcel ... por menos áspera, que la que daban otros Príncipes, refería a Dios la merced de aquel beneficio..." (pág. 44). En Sanders leemos: "Quod autem suus carcer aliorum principum carcere minor fuisset, id se beneficii loco habere" (1). En este ejemplo, la frase de Herrera tiene más parecido con el texto de Sanders que con el de Ribadeneyra, pero en el primer ejemplo se acerca más a Ribadeneyra. Se habrá observado cuán difícil es llegar a una decisión clara sobre el método de nuestro autor. ¿Usaba sólo un texto de los dos, y eran fortuitos los parecidos con el otro? Herrera hace decir a Moro en el momento de recibir la noticia de la muerte de Fisher: "Confieso, Señor mío, que soi indigno de tanta gloria, no soi yo Justo, i Santo como vuestro obispo, que lo escogisteis en todo este Reino para Vos, según vuestro corazón. Pero si se puede hazer, dadme, Señor, parte de vuestro cáliz" (págs. 50-1). He citado arriba las palabras de Sanders, pero las citaré otra vez aquí para mostrar el gran parecido: "Confiteor tibi domine, quod tantam gloriam non sum meritus, non sum ego justus, et sanctus sicut Roffensis tuus, quem de universo regno isto tibi secundum cor tuum elegisti. Sed tamen si fieri potest particeps fiam domine calicis tui" (2).

Una prueba más segura de que usara el texto latino es la narración del juicio por Herrera (pág. 53 y sigs.). Según él, a

(1) Ed. Ingolstadt, 1588, pág. 96.

(2) Ed. cit., pág. 100.

Moro le preguntaron qué pensaba de la nueva ley (que mandaba obediencia al Rey en materia de religión), a lo cual Moro contestó que no sabía nada de tal ley. El nuevo Canciller, Audley, le informó formalmente de ella, pero repuso el prisionero que bien les podría creer si no hubiera estado separado a la fuerza de la vida del reino y tratado como enemigo. Audley luego exclamó que claramente se echaba de ver su culpabilidad por su silencio, a lo cual contestó Moro que más bien les debía agradar su silencio, que suele significar acuerdo. Hasta aquí Herrera siguió a Sanders con todo detalle (esto lo omitió Ribadeneyra casi por completo, sin duda por poco dramático). Sin embargo, en la declaración de fe de Moro, que sigue a todo lo referido, utiliza la versión de Ribadeneyra mismo. Escribe Herrera: "Yo he sido siempre Cathólico, por gracia de Dios, i nunca he olvidado la obediencia debida al Pontífice, i en siete años de estudio particular en esta materia, no he hallado algún Doctor, que sea recibido, y aprobado de el concenso de la Iglesia, que conceda jamás a Príncipe profano el señorío espiritual, porque solamente toca esta suprema potestad (que vosotros le quitáis) al Sumo Pontífice Romano, cuya es de derecho divino, i así lo tengo, i protesto morir en ello" (págs. 62-3). En esto Herrera da una versión abreviada de Ribadeneyra, y otra vez le sigue en la respuesta de Moro cuando le acusan de querer saber más que obispos y doctores: "Por un obispo que tenéis de vuestra opinión, tengo ciento, muchos de los cuales están por su merecimiento en el número de los Santos, i a vuestra nobleza opongo el más noble, i esclarecido Ayuntamiento de Mártires, i Confesores", etc. (páginas 60-1) (1).

Es imposible determinar cuánto tomó Herrera de Stapleton. Se puede afirmar, sin embargo, con cierta seguridad, que de él tomó los detalles del nacimiento de Moro, de su erudición, sus traducciones de Luciano, su amor al epigrama, y en controversia con Lutero sobre la defensa de los Sacramentos compuesta

(1) Aquí escribió Ribadeneyra: "Por un obispo que vosotros tenéis de vuestra parte, tengo yo ciento de la mía, y todos santos; por vuestros nobles y caballeros tengo yo toda la caballería y nobleza de los mártires y confesores..." (ed. cit., pág. 982).

por el rey Enrique. También habrá contribuido Stapleton con los datos sobre la jocundidad de Moro, su gracia y amor a la buena conversación, todo lo cual faltaba en la historia de Ribadeneyra. (Sanders también trata este aspecto, pero con menos amplitud que Stapleton.) Aunque Ribadeneyra no publicó hasta 1605 sus nuevos datos tomados de Stapleton, la obra del inglés era conocida de antes (1).

Pasemos ahora a la carta de Erasmo, dirigida a Felipe Montano poco después de la ejecución de Moro (2). Después de un preámbulo, empieza Herrera la vida de Moro de esta manera: "Nació Tomás Moro en Londres, nobilísima ciudad de Inglaterra, que puesta en luengo a la ribera del Tamisa, se estiende tanto que parece no tener fin, i por lo ancho se angosta i se recoge estrechamente" (pág. 6). Compárese: "Civitas in latum angusta, ad Thamysim flumen sic in longum porrecta est, ut videatur non posse desinere" (ed. cit., pág. 369). Sólo hay otra frase que revele un parecido análogo: Herrera describe a John Fisher con estas palabras: "[era] varón de religión singular, i de rarísima vida, ... i por ventura no tuvo por luengo discurso de años todo el término de la Christiandad Prelado más Santo, más docto, o más zeloso, i vigilante, en edad envejecida, i casi decrépita, i gastada de la estrechez, incomodidad i aspereza de la cárcel; aun él avía afligido siempre i adelgazado su salud con ayunos, vigilijs, i estudios, i con trabajos, i lágrimas" (pág. 52); la carta describe cómo fué llevado a Westminster ya en barco ya en caballo, "ob corpusculi debilitatem, quam praeter aetatem auxerat carceris incommoditas; licet ipse valetudinem suam semper et jejuniis, et vigiliis, et studiis et laboribus, ac lacrimis vehementer attenuasset" (ed. cit., pág. 373). La carta no trata

(1) En la Biblioteca Nacional de Madrid existe una traducción manuscrita de la biografía de Stapleton, pero sin fecha. La letra no impide, sin embargo, que sea de finales del siglo XVI. El interés que suscitó Moro en todos los países católicos fué inmenso. El mismo Stapleton habla en el prefacio a su obra de un dominico español, "Ludovicus Paceus", que preparó una biografía de Moro sin llegar a publicarla.

(2) *Opus Epistolarum Des. Erasmi Roterodami*, ed. Allen, Oxford, 1906-47, vol. XI (apéndice XXVII), donde la carta se acepta como escrita por Erasmo.

de la vida de Moro anterior al juicio. No es imposible que Herrera usara otras cartas de Erasmo para los detalles que yo spongo tomados de Stapleton (1). Sea como sea, es interesante que Herrera acuda a Erasmo (aunque queda la posibilidad que no supiera que la carta fuera suya).

La carta, después de narrar el juicio y muerte de Moro, pasa a una meditación sobre aquellos sucesos. “Violenta res ira Regum, cui si incommode resistas, graviores excitat tumultus” (2). No vale luchar con una tempestad, prosigue Erasmo. “Qui Monarchis serviunt, iis quaedam dissimulanda sunt, ut si non queant obtinere quod judicaverunt optimum, saltem aliqua ex parte moderentur Principum affectus.” Las ideas de la carta no son las de Herrera, pero no es improbable que la carta le haya sugerido la manera de tratar el asunto. La carta recuerda que en el mundo antiguo la sabiduría era una frecuente protección: “Tum apud efferas etiam nationes frequenter eximiae virtuti praestantique doctrinae honos est habitus.” Esta comparación con el pasado nos recuerda a Herrera. Antes, escribe Erasmo, Diógenes pudo entrar impunemente en el campamento de Filipo de Macedonia y amonestarle que moderara su ambición de poder. Filipo no sólo no le castigó, sino que le premió por su sabiduría.

Luego la carta pasa a un elogio del Moro mismo: “Tantus erat hominis in omnes candor, tanta comitas, tantaque benignitas. Quem ille vel mediocriter eruditum ab se dimisit indonatum?” Era amigo a los de otras naciones, y muchos que no le vieron lloraron su muerte. Pero, continúa la carta, hay quien dice que su muerte debería ser causa más bien de alegría que de pena, aunque confiesa el fiel amigo “est istud, fateor, non leve doloris lenimen: at ego Morum optarim incolumem”. La casa de Moro

(1) Esto mismo lo hizo Alonso de Villegas para su breve biografía de Moro en su *Flos Sanctorum* (3.^a parte, Madrid, 1674). Utilizó además de la carta citada otra carta de Erasmo a Ulrico de Hutten (ed. Allen, vol. IV, carta 999).

(2) Parece que Herrera alude a esto cuando escribe: “Parecía a muchos onbres sabíos y amigos suyos, que deseavan su vida, que no fué acertado oponerse a la tempestad que sobrevino; porque es violenta la ira de los Reyes...” (pág. 72). Luego pasa a justificar la actitud de Moro.

se distinguía por la paz y la religiosidad, "quantam non temere reperias in collegiis monachorum ac virginum". Las últimas palabras de la carta son una exclamación dolorida: "Quot egregias animas vulneravit illa securis, quae Mori caput amputavit."

Claro está que la tendencia de la carta no es la misma que la de Herrera. No era de esperar que éste quisiera que Moro hubiera transigido para salvar su vida. Pero no hace falta mucha imaginación para suponer que el tono de profundo amor que se destaca de la carta haya influido en la acutud de Herrera. La narración de Ribadeneyra carece de esto precisamente. Es impresionante, tiene muchos méritos, incluso cierta grandiosidad, pero no suscita los sentimientos más humanos de ternura y amor. Con Herrera, en cambio, entramos en otro ambiente donde se da mayor importancia a aquellas cualidades que Ribadeneyra omitió por ajenas a su propósito: la dulzura de Moro, su benignidad y agradable presencia. La influencia de Erasmo no se limitó a las dos frases que he señalado. Fué, sobre todo, su tolerancia lo que influyó más sobre Herrera.

Es posible que Herrera imitase conscientemente algún otro modelo en ésta obra, pero es imposible distinguir ahora tal influencia. Cualesquiera que fueran sus verdaderas intenciones, el afán de Herrera por la exactitud resulta claro, e indica la importancia que dió al asunto. Quizá encontrara injusta la historia de Ribadeneyra, o quizá, como historiador experimentado, utilizara las fuentes más diversas. Lo cierto es que la vida de Moro le ofrecía un fuerte atractivo. Para nosotros, la importancia de esta obra no es literaria, sino más bien histórica, ya en cuanto revela un aspecto poco estudiado de Herrera, ya como ejemplo del pensamiento del siglo en que vivió.

ROYSTON O. JONES.